

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)  
 Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Febrero y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 28, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 28.

Crónica.

Crean Vds. que estoy tentado de la risa, aunque de ello me duele, por ser el asunto que lo motiva sério de suyo y hasta podria añadirse lastimoso; pero no está en mi mano evitarlo, y bien que yo procure parecer grave y circunspecto no lo consigo, antes por el contrario, quien me viese reir como chico travieso en aula ó muchacha cosquillosa en romería, juzgaríame loco de remate, y es que no puedo ver lo que ocurre en política sin que simultáneamente recuerde cierta comedia, cuyo título he olvidado ya, pero en la que encontraba yo gran ocasion de contentamiento bullicioso siendo muy niño; ¡y ya ha llovido desde entonces!

Era para mí lo más divertido de la susodicha comedia una situacion que, si mis recuerdos no me engañan, más debia de ser de grotesco sainete que de comedia culta; sucedia que habiendo de mediar explicaciones un poco serias y un mucho detenidas entre dos personajes, nunca llegaban á principiar su interesante conversacion sin que luego la vieses interrumpida por una visita importuna, por un inesperado incidente; al fin y á la postre, despues de contrariedades sin cuento, acababan por hallar el instante y la ocasion con tanto afan anhelados, y decia uno de los interlocutores al otro: «Ea, hablemos ya, expliquémonos ahora, que gracias á Dios todo está tranquilo.»

Pero no concluia bien de pronunciar esta palabra, cuando un ruido espantoso dejábase oír, é inmediatamente penetraban en la sala en confuso tropel parientes, criados, vecinas y vecinos que vociferaban gesticulando como orates.

Los años trascurridos han borrado por completo de mi memoria los demás pormenores de la obra; ni puedo recordar cuál era la causa de todo aquel bullicio; pero nunca olvido el efecto ruidoso que, no ya solo en mi atencion de niño, si que en todo el público, producía la peregrina tranquilidad de aquella casa.

La analogía es completa.

Los partidos de la conciliacion han buscado mil medios é infinitas ocasiones para entenderse, sin haber hallado momento oportuno. Hoy se lo impide el levantamiento carlista; mañana la insurreccion federal; ahora una votacion interesante; despues una crisis grave y temerosa. Buscábanse los unos á los

otros, y los efectos más revelaban que mutuamente se temian, y aplazaban las aclaraciones y para más oportuno momento las guardaban. Entre tanto dividianse y se subdividían los bandos y las fracciones, y haciase indispensable la aplicacion del cálculo diferencial para tener idea aproximada de los elementos con que el ministerio contaba.

Algunos diarios creyeron llegada la ocasion de venir á cuentas con los republicanos, y exclamaron: «Infelices, estais divididos. No hay medio de que lleguéis á entenderos unos con otros. Admirad, admirad y envidiad á un tiempo mismo nuestra union, lo idéntico de nuestras aspiraciones comunes; es cierto que en el asunto de rey no hemos marchado de acuerdo; pero ¿eso qué significa? Un leve contratiempo en nuestra bienandanza, cual tormenta ligera en la atmósfera tranquila de nuestra felicidad. Y si no, ya vereis cómo ahora que todo está tranquilo nos explicamos y nos entendemos los monárquicos.»

Y ha sucedido ni más ni ménos lo que en la comedia sucedia: antes de concluir estas frases tranquilizadoras, *La Nacion* disputaba con *El Eco del Progreso*, *El Eco del Progreso* combatía á *La Opinion Nacional*, de *La Iberia* salian redactores, *El Universal* amenazaba convertirse en republicano y *Las Novedades* insultaba á Olózaga, y *La Política* censuraba á Becerra, y este señor ministro presentaba su dimision y Rivero pretendia seguirle; unos diarios aconsejan al Regente que ponga término á su difícil situacion, otros indican á Topete que no debe seguir en el gobierno; el presidente del Consejo da por rota la conciliacion, y es indecible la agitacion que reina en las regiones oficiales. Tal es la cordialidad latente que existe en el fondo de esa conciliacion, de la que solo escombros y ruinas habrá, por ventura, cuando estas líneas se publiquen.

Hay, sin embargo, quien espera que las consecuencias de esta ruptura no sean, por el pronto, de tanta gravedad. Los ministros continuarán en sus puestos hasta que nuevos conflictos ocurran, y habrá de esperarse una votacion para saber si hay crisis ó no la hay, y así como en *Las gracias de Gedeon*—y va de comedias—se duele el protagonista porque ha de estar cerca de un año sin saber de cierto si será tío ó tia, el Sr. Becerra estará una semana sin saber si es ministro ó ex-ministro.

Sospecho yo que será lo último, porque los unionistas, que en la *política al menudeo* dan quince y falta al más avisado, no ven con buenos ojos las tendencias algo revolucionarias del ministro de Ultramar, y no es fácil que le toleren en aquel puesto.

Admiro con sinceridad lo hábil de su conducta, y admirara tambien—si esto no fuera por demás conocido—la *Juan-ianeria*—si Vds. me lo permiten—de algunos radicales.

Los unionistas combaten á Becerra por demasiado revolucionario, y, sin embargo, han conseguido arreglarse de tal modo, que aparecen sinceros defensores de la Constitucion y guardadores celosos de la honra de la Asamblea.

Apreuded, eternos inocentes de la política.

A. Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

XXXIV.

«Se aprobó el capítulo 9.º; se aprobó el capítulo 10, y el 11, y el 12 y el 13...» Y así hasta lo infinito.

La mayoría de la Cámara tiene á 80 grados sobre cero el órgano de la aprobatividad, ó la frenología miente por la mitad de las barbas.

Su complacencia en aprobar sus propias obras le obligó á descubrir el sábado la enmienda del señor Moya sobre aumento de sueldo á los telegrafistas.

No crean Vds. que se tratase de que los telegrafistas anduvieran en coche, no. Los hay entre ellos que con doce años de buenos servicios cobran 6.000 reales y tienen el sueldo tan seguro como... el artículo 33.

Pues como digo, la mayoría no aprobó la enmienda: el Sr. Moya y yo perdimos el tiempo; pero no por eso faltó la confirmacion del dato frenológico, porque la mayoría prefirió aprobar su propia obra.

No se aprobó el aumento de sueldo á los telegrafistas porque no hay dinero; no se pueden poner como es debido los establecimientos penales porque no hay dinero; no se puede tener un buen cable para las Baleares porque no hay dinero; no se puede pagar á maestros porque no hay dinero; no se puede dar trabajo á la clase jornalera porque no hay dinero.

Este es el *Por qué de todas las cosas*; título de un libro que no he leído, y que sin duda debe de decir en cada página: no hay dinero.

España es como aquellas casas en que se llaman deudas de honor á las del juego y se pagan á las veinticuatro horas, perono se paga al proveedor de viveres; se paga al *carroussier* de Lóndres, pero no se paga al pobre labrador que facilita la paja para los caballos; se paga el palco de la ópera, pero no al que vende la leña para la chimenea.

Sea Vd. general en tiempo de paz, sea Vd. clérigo, sea Vd. cualquiera cosa que el Estado no necesita, y para Vd. habrá un lindo presupuesto.

Sueldos de 25.000 duros, pueden rebajarse á 6.000 reales. (Y es probado.)

En fin, ¿el país prefiere esta bienandanza á los horrores de una república económica? Pues sin su pan se lo coma.

Una proposicion presentada á la Cámara ha venido á revelar que no se apliquen las reformas de Puerto-Rico hasta que haya terminado la crisis en la isla de Cuba.

Esto es divino.

Por no haber hecho á tiempo las reformas sobrevino la crisis de América. Bueno.

En vista de que la crisis se reproduciria de continuo, si no se extirpaba su causa, se proponen las reformas. Corriente.

Y en seguida se pide que no se hagan las reformas hasta que pase la crisis.

Es decir: señor médico, me duele el pecho; pero no me dé Vd. remedio alguno hasta que se me haya curado la tisis.

Pero ¿quién propone las reformas?

El Sr. Cánovas del Castillo y el Sr. Romero Robledo: dos personas que cuando no habia crisis eviden-

te en Cuba, tampoco querían reformas liberales ni en las Antillas ni en la Península.

¡Ah! Si los que se llaman revolucionarios fuesen tan lógicos como los que no se llaman reaccionarios!...

Pero si ellos fuesen lógicos no se cumplirían las profecías.

¿No sería en extremo contradictorio que los eternos adversarios de la libertad completa y de los derechos individuales hubiesen hecho una revolución que afirmara la libertad y el derecho?

Rectifico lo que había dicho: lógicos son haciendo las cosas á medias y á regañadientes los hombres del poder: lo único que tienen de malo es aceptar con tanta benignidad el dictado de revolucionarios.

Por lo demás, ¡guapos chicos! Unos monárquicos que después de suspirar y gemir tantos años en pos de una monarquía á su gusto, el día que triunfan y pueden hacer de su capa un manto real, se entretienen en dar paseos alrededor de los príncipes imposibles... ¿Qué más podemos pedirles?

Verdad es que hacer un rey es tan difícil como hinchar un perro, y que el ocupar el mando año y medio es para ellos cosa tan deliciosamente asombrosa, que no pueden ocuparse más que en saborear su dicha.

Pero la dicha misma empalaga.

Les sucederá al cabo lo que á los mancebos de las confiterías; que se ahitan de dulces y llegan á sentir asco por ellos; y entonces...

¡Entonces, la gorda!

Roberto Robert.

## CANTÁRIDAS.

### II.

#### Una consulta.

Ayer tarde, señor duque, recibí por el correo su estimada del corriente, con fecha de... no me acuerdo, pero firmada en los baños de Alhama (bonito pueblo), pidiéndome una consulta como amigo y como médico.

Si al pasar por esta villa, huido como un conejo, me hubiera usted visitado como amigo y como enfermo, no tendríamos ahora necesidad de consejos, ni de gastar nada en polvos, ni de perder medio pliego, ni yo me hubiera encontrado, con su carta, en el aprieto de derrochar ese cuarto maldito de los carteros.

Además, amigo mío, hablando así de tan lejos, ¿qué sé yo lo que usted tiene, ni en qué distrito del cuerpo reside el germen morbos, como decía Galeno?

¿Padece usted lo de siempre?

¿Sueña cuando está despierto?

¿Tiene usted aquellos delirios y aquellos saltos de nervios, y aquella casi espantosa exaltación del cerebro que le hacen decir á veces:

«Yo seré rey de este pueblo? que para eso me ha costado mi sudor y mi dinero?»

Pues entonces esas aguas, acídulas en extremo, han de convertir el oro de su fantástico reino, en una sal de magnesia ó un carbonato de hierro.

Ya sabe usted, sin embargo, que todo abuso es funesto, y así, amigo, de esas aguas beberá usted medio dedo, porque tienen mucha sosa y usted tiene poco seso.

Si usted sueña por las noches que le hace la contra el Terso (que es una fiebre moderna con más calor que un incendio), manda usted junto á la cama que le pongan los domésticos dos mantas llenas de comas y dos tronos para-letos.

Además puede usted darse

diariamente su paseo con paraguas bajo el brazo, con un gabán de cordero, con chanclos en piés de plomo y un pañuelito al pesuezo, que es hoy lo más elegante para el que no tiene cuellos.

En la mesa beba usted á pasto los vinos buenos, agua de la fuente á pasto, y á pasto los alimentos. Si con tales precauciones no encontrara usted remedio, y le quedara la insípida protesta del pataleo... se irá usted á trillar á Trillo cuando vengan los gallegos.

Por lo demás, los delirios que usted padece, y los sueños, no se curan hoy en día con un tratamiento *excelso*, ni con alteza, ni tronos, ni tampoco con dinero. Para esos males antiguos, el único tratamiento es poner en una celda de dementes al enfermo, y si allí sigue soñando, latigazo y tente tieso.

Si aun así no encuentra alivio, no le queda otro remedio que tomar los aires patrios, que son aires extranjeros.

*Gil Blas* llevará esta carta para traducir el texto y cobrar los honorarios de mi consulta; yo espero que en vez de *La Competente*, cuando se meta en su lecho, se aplicará esta cantárida encima del mesenterio.

En Madrid: son doce cuartos: veinticuatro de febrero; expresiones á los niños; adios. El

Dr. Sangredo.

## SOBRE LOS CARLISTAS.

Veníamos de París dos catalanes y un español, quiero decir, tres españoles diferentes, y al llegar á Bayona se nos acercó un señor chato, ordinariote y no muy bien vestido, que tomándose mucho interés por sus compatriotas, nos aseguró que no debíamos detenernos un instante si tal propósito habíamos formado.

Los tres lo habíamos formado en efecto. Yo, porque el viaje directo á Madrid me rinde y estropea, y los catalanes... ya sabe Vd. por qué; porque tenían negocios en Bayona. Nunca he viajado con un catalán que no tenga negocios en todas partes. Esto parece una broma, pero es una lección.

—¿Qué sucede? preguntamos al caballero chato.

—¡Qué ha de suceder! Que están ahí los carlistas, y que no sé si llegarán Vds. enteros á Madrid. Yo soy un caballero (estuve por creerle) y les respondo á Vds. de que mañana á estas horas estarán ardiendo las provincias.

—¡Puede! dijo un madrileño que iba en el wagon inmediato.

Y los catalanes, renegando del carlismo, y yo, renegando de los inconvenientes, nos decidimos á no ser devorados por las fieras.

Ello es que los carlistas debieron echarse á los campos hace cuatro días.

Parece mentira y lo es; sin embargo, el gobierno estuvo también á punto de creerlo.

La razón del sobresalto y del miedo no es otra que el crédito dado por el cónsul de Bayona á rumores de próximos levantamientos.

Está ya averiguado que se puede ser cónsul además de ser progresista, y que se puede ser progresista y cónsul á la vez, lo cual á algunos les parece raro y admirable, por aquello de que Napoleón fué solo cónsul.

Está probado que se dan cónsules que creen en la restauración y en la república, y que puede ser que unos y otros tengan razón en vista del paso que esto lleva.

Lo que no pude figurarme es que, aparte del progresismo y del consulado, haya una persona nacida en España que crea en los carlistas. Y yo sé positivamente que el cónsul de España en Bayona es una persona ilustrada y de entendimiento.

No hay motivo para alarmarse en este punto. Decididamente no hay motivo.

En España, hoy por hoy, es posible todo.

Es posible el señor duque de Montpensier, á pesar de que oigo por ahí á las gentes que se ha inutilizado por ir á misa con paraguas; lección que me servirá de enseñanza, y por lo que pueda convenirme enseñaré á mis hijos á ir á la iglesia con trabuco.

Es posible el duque de Génova, y eso que ya ve Vd. que tiene una tia y catorce años.

Es posible el príncipe Alfonso, que ya ha olvidado el español, ocupadísimo como está en no poder aprender el francés, porque no hay en Francia quien se atreva á enseñarle la lengua.

Es posible Espartero, pues ya está averiguado que ha resuelto no morir nunca.

Es posible D. Fernando de Portugal, porque al fin y al cabo, qué demonio, ya sabemos que en España se olvida cualquier sofioncillo.

Todo es posible. ¿Y sabe Vd. por qué? Porque de toda esa compañía de reyes medio maduros que quiere caer sobre la gente que está sentada á la sombra del árbol para probarles la gravedad del caso, como la manzana probó á Newton la gravedad de los cuerpos, el uno cuenta con los sábios, el otro con los tunos, el otro con los bravos, el otro con los tontos, aquel con los hartos, este con los hambrientos... ¡y quién sabe, quién sabe!

Pero el rey de los carlistas... ¿qué vienen á ser los carlistas antes y después de todo?

El carlista se parece á un hombre que fuera al Rastro y diera diez mil duros por un par de tirantes. Todo el mundo se reiría de él, porque ni los tirantes valen eso, ni nadie los lleva.

Hace poco tiempo creyeron ciertas gentes que los carlistas iban á dar que hacer. Dieron que hacer, es verdad, pero no dieron resultado. ¿Eran muchos? ¿Eran fuertes? ¿Eran populares? Se creyó al principio que sí, porque se creyó que el clero tenía influencia en los ánimos... pero ¿quién no sabe ya también que la influencia del clero está mandada recoger? Lo deplorable es que no se recoge.

Supongamos que mañana le aseguran á Vd. que diez mil personas de antemano conjuradas van á repartirse por España sin más objeto que pasearse por las calles vestidas de frailes y con sombrero de tres picos.

Vd. no lo creerá, pero si lo cree, dirá en seguida:

Lo sentiré por ellos, porque los van á acompañar á casa.

¿Se llegó á adoptar hace años la moda de los hongos con plumas, á pesar de que tenía cierta intención política? Pues ¿cómo han de estar en moda los carlistas, que son otros hongos, y por añadidura desplumados?

No puede ser, de ninguna manera.

Que existen carlistas es indudable, como lo es que hay gentes que no se cortan las uñas en viernes, y que necesitan un recibo del Papa para comer merluza y *beafleh* sin que se ofenda su Divina Majestad... ¿pero es eso bastante para que se crea en una guerra civil inminente?

¡Ay! Otros conspiradores hay más temibles; otras guerras hay más cercanas; otras maquinaciones se tejen en la sombra, sin ruido y sin chacota, pero ¿carlistas?

Me recuerda esto la frase que oí en un restaurant de París á un emigrado español de esos que alientan con ruido, y que no saben leer ni escribir, pero que se dan dos palos con cualquiera:

—¿Cómo quiere Vd. que me guste á mí la Francia si este vino ni es vino *ni nada*?

Lo mismo digo yo de los carlistas:

—¡No son ni partido, ni partida... *ni nada!*

Eusebio Blasco.

## FASTIDIO MINISTERIAL.

Pues señor, la revolución va perdiendo sus amonidades y el gobierno debe aburrirse de fastidio.

Ya ni los clubs piden cabezas, ni la prensa pone en peligro las gloriosas conquistas de la revolución, ni los clérigos se proveen de navajas, ni el alfonsismo amaga, ni las huelgas voluntarias intranquilizan; de modo que el gobierno, al preguntarse cada noche, ¿qué grande hazaña voy á acometer mañana para salvar el orden? debe encerrarse en un frío y desconsolador mutismo.

En verdad es un triste período este, en que el hombre que no tiene más remedio que salvar diaria-



Fisonomía que ponen todos los que tienen que pagar el impuesto del 10 por 100.

mente la patria para justificar su permanencia en el poder supremo, se encuentra con una patria bonachona y sedentaria, que ni se pone por atolondramiento al borde del abismo, ni tiene peleas con vecinos descontentos, ni pide nada, absolutamente nada que no pueda darse por sí misma: ni rey, ni siquiera unas tristes rogativas.

En otro tiempo, cuando había rey, si Palacio era exigente y parecía dispuesto á prescindir del auxilio del ministro, armaba este un motin en cualquiera capital de provincia, fusilaba seis sargentos y doce paisanos, y decia: ¡Ah! si no llega á ser por mi energía, V. M. estaba perdida. Porque los enemigos de vuestro augusto trono y de vuestros amigos particulares lo iban á trastornar todo. Afortunadamente yo estoy aquí, y mientras yo sea ministro no hay cuidado.

Pero ahora, en estos tiempos, sin tener que luchar con camarillas, sin más entretenimiento que el de una guerra fina, hoy con los cimbríos, mañana con los perlinos, ¿qué aliciente presenta el poder para emprender grandes hechos, de esos que entusiasman y excitan extraordinariamente, y al fin vienen á decir: este hombre gobierna y vence, y por eso debe estar aquí?

Yo en ciertos momentos compadezco al gobierno. El fastidio es enfermedad del siglo XIX y temo que ataque al ministerio.

Hacer una revolucion, prepararse el ánimo para una lucha titánica y encontrarse hoy bostezando todas las tardes en la Cámara, debe ser un desencanto, un desencanto atroz.

Se me figura que veo á un guerrero reuniendo á los suyos, haciéndoles jurar solemnemente que vencerán ó morirán en la lucha que van á emprender, ponerse en camino contra el enemigo al son del belicoso parche, y despues de una marcha forzada de diez horas encontrarse con que el pueblo que creia sublevado está jugando pacíficamente á los bolos frente á la iglesia.

Los revolucionarios que imperan llevaban grande empuje: ya lo sé. Iban resueltos á derribar cuanto se opusiera á nuestra regeneracion social; pero ¿qué

han de hacer cuando los obstáculos se caen por sí mismos á su aspecto?

El ejército se ha contentado con 400 millones: no pide más; por consiguiente, un adversario ménos.

El clero se resigna con 170 millones y no hace cara á la revolucion; por consiguiente, no hay motivo para pelearse con él.

Los príncipes excitados á ser reyes no quieren venir; el único que podria animar un poco la política encuentra obstáculos invencibles en el desamor de unos y en la glacial indiferencia de otros. ¡Vaya usted á hacer cosas grandes en un país como este!

Ya cuando ni siquiera los demagogos, excitados por el Sr. Sagasta, dieron juego, debemos renunciar á toda esperanza de amenidad.

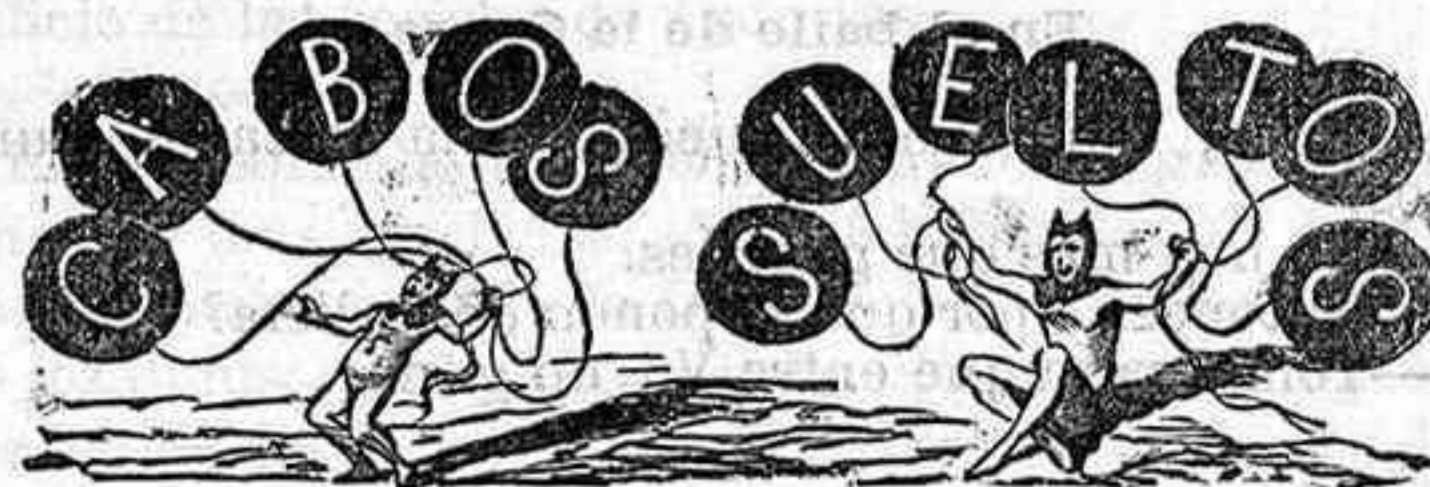
La tradicion del tumulto se pierde; la prensa, aquella temible prensa, cuyos hipotéticos extravíos eran antes ocasion frecuente de actos de energía en el gobierno, está tibia y como soñolienta. ¡Ni una excitacion á las clases pobres contra las ricas! Nada.

¿Qué va á hacer la energía gubernativa en un país en que todo está ya hecho?

No sé: temo por los hipocondrios ministeriales: esa atonía les va á dar ictericia. A bien que así el Sr. Figuerola verá de color amarillo las pesetas y se figurará que son monedas de cinco duros.

Que es lo único que falta para que España crea que es verdaderamente feliz.

Roberto Robert.



Se ha publicado ya la ley de ayuntamientos. Aun no he podido leerla. Pero si ella es buena como larga, por Dios que nada podemos pedirla.

Una numerosa comision de telegrafistas se ha presentado el lunes á nuestro compañero de redaccion el diputado republicano D. Roberto Robert, para darle las gracias por la espontaneidad y el celo con que tan elocuentemente habia defendido sus justos intereses en la sesion celebrada en el Congreso la noche del sábado último.

El diputado Sr. Robert está sumamente agradecido á esta demostracion.

El, que como todos los redactores de *Gil Blas*, como toda la minoría, como todos los republicanos, clama de continuo por economías, se ha levantado una vez sola á pedir un levisimo detrimento en el presupuesto para retribuir un trabajo mal pagado.

Esta es la verdadera diferencia que existe entre nosotros y los que no tendrían mañana reparo en votar 50 millones para una familia de tiranos, ni lo han tenido para votar 193 millones entre curas, frailes y monjas.



Varios periódicos de todos matices pidieron y hasta anunciaron para el dia 11 una amnistía.

Estamos á 22, y en efecto, la amnistía no ha llegado.

Verdad es que hay que pensar en la crisis. Lo primero es lo primero.

A propósito, aun existen presos en la Carraca. Y todavía es más divertido esto si se considera que algunos de los que allí están ni el más leve pretexto han dado que justifique su prision.

Comparando la situacion de estos infelices con la del Ilmo. Sr. Patriarca, que aun no ha dado cuenta de aquel millonazo y continúa en Roma feliz y tranquilo, se comprenden las excelencias del catolicismo.



Un cura de Castellon se ha suicidado. Hay quien atribuye esta desgracia al hecho de haber sido destituido de su curato por el señor obispo de la diócesis.

Cuando el obispo lo destituyó, algo bueno habria hecho.

Compadezco pues al infeliz suicida, que debía de ser casi un hombre.

